

guias en los caminos de la salud : si llevados de una justa y humilde desconfianza de vosotros mismos quisieseis consultar á los Ministros que ha establecido por sus órganos, y los canales de sus luces, recibiríais mejor las verdades que os anuncian, y vuestras costumbres serian mas conformes con la moral que os predicán.

Señor Jesus, de vos esperamos este Espíritu de inteligencia y docilidad: haced que comprendamos por él aquellas verdades que contradicen nuestras pasiones: ya sabemos, Señor, que el colmo de las desgracias es la resistencia que hacemos á vuestro Espíritu; pero por tanto disponed nuestros corazones para que sean sumisos y fieles, y para que la verdad sea nuestra viadora en el tiempo, y nos salve en la eternidad. Así sea.

DOMINGO V.

DESPUES DE PASCUA.

EPÍSTOLA DE SANTIAGO,
cap. 1. v. 22. 27.

Hermanos: Sed pues hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor: este será comparado á un hombre, que contempla en un espejo su rostro nativo: Porque se consideró á sí mismo, y se fué; y luego se olvidó cuál haya sido. Mas el que contemplare en la Ley perfecta, que es la de la libertad, y perseverare en ella, siendo no oidor olvidadizo, sino hacedor de obra: este será bienaventurado en su hecho. Si alguno pues se tiene por religioso, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazon, la religion de este es vana. La religion

pura y sin mancilla delante de Dios y Padre, es esta: Visitar los huérfanos, y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado de este siglo.

INSTRUCCION.

Escuchemos segunda vez, hermanos míos, los consejos que nos da la Iglesia, tomados de las palabras de nuestro Santo Protector. La instrucción del Domingo pasado se reduxo á tres principales puntos: á saber, todo hombre sea pronto para oír, pero tardo para hablar, y tardo para airarse: y la Iglesia para confirmar los dos primeros, nos enseña en esta Epístola la atención, el respeto y la docilidad que debemos á la palabra santa. Vosotros, mis hermanos, empezad desde ahora á practicar estas lecciones, y mostraos fieles en seguir estos consejos, y en estudiar, conocer y reformar vuestra conducta por las reglas que os presenta la palabra de Dios. Este espíritu de inteligencia y de docilidad le conseguireis con la oración,

y así elevaos hasta el trono de la misericordia, para que baxo los auspicios de nuestro Santo Apóstol podais conseguir que se disponga vuestro corazón para oír y practicar las verdades eternas. Jesu-Christo, hermanos míos, llama felices en el santo Evangelio á todos los que escuchan la palabra de Dios y la practican. El Apóstol Santiago nos explica esta verdad por medio de una figura muy sensible, y dice: sed pues hacedores de la palabra, y no oidores tan solamente, engañándoos á vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, y no hacedor: éste será comparado á un hombre que contempla en un espejo su rostro nativo; porque se consideró á sí mismo, y se fué; y luego se olvidó qual haya sido. Este consejo se dirige al mayor número de Christianos, de los quales la mayor parte escucha, y no practica.

En efecto, quando consideramos el reyno del Christianismo, vemos que no faltan en la Iglesia ni Predicadores ni oyentes: y que el Orador ménos elegante no dexa de tener sus admiradores y apasionados. Pero quáles son los frutos? ¿cada instrucción supone una

conversion? ¿cada Ministro de la palabra santa puede lisongearse de haber ganado en el curso de su ministerio una sola alma para Jesu-Christo? Mientras que se oyen con tanta atencion las verdades eternas, ¿las medita acaso el corazon? ¿Se formán por ventura aquellas resoluciones vigorosas de detestar el pecado, y de evitar las ocasiones que diariamente se nos presentan? ¡Ah! juzguemos, hermanos míos; por los desórdenes que subsisten: Las almas mas fieles no se despojan de sus imperfecciones y flaquezas; las mas pecadoras conservan sus pasiones y sus costumbres, y casi todas son semejantes á este hombre, de quien habla el Apóstol Santiago que mirándose en un espejo olvida los rasgos de sus facciones; y todos sus defectos personales luego que se separa. La palabra de Dios comparada con un espejo, nos representa el modelo de un Christiano en los exemplos de Jesu-Christo, y en las máximas de su Evangelio: es decir, en su vida y su doctrina. Así todos tenemos la indispensable obligacion de acercarnos freqüentemente á este espejo, para mirarnos en él, y contemplar y comparar nuestras flaquezas,

con tantas perfecciones como nos representa. Debemos oír la palabra santa con freqüencia, leer los libros donde se han asentado las máximas del Christianismo; traerlas á la conversacion con nuestros hermanos, á fin de que se graben en nuestro corazon, y estudiarlas sin cesar. ¿Pero de qué nos serviria ponernos delante de un espejo, cerrando los ojos á los objetos que nos representa? ¡Ah! esta es la costumbre de muchos Christianos. Ellos se presentan á oír nuestras instrucciones al parecer con un deseo de hacerse de la palabra santa un medio de santificacion; pero sin embargo no se convierten á exâminar su alma, no reconocen sus defectos, ni se toman el menor interes en procurar su aprovechamiento: disgustados á las veces por el mal éxito de sus negocios y deseosos de esparcir el humor negro que engendran los cuidados de la casa, y los genios encontrados de las familias, van á la Iglesia como por desahogo, y oyen los sermones por un puro pasatiempo. Pero no es este solo el abuso que se hace de la palabra santa. Prescindiendo de esta casta de Christianos, y de otros que concurren á ciertos Tem-

plos, y en ciertos días, ya por seguir la costumbre, ya por hacerse singulares, y en ocasiones por recomendarse con algunas personas de quienes pende su fortuna y bien estar: hay muchos que quando oyen los sermones conocen las verdades del Evangelio, y que quisieran reducirlas á práctica en aquel momento; pero acaban de oír, y olvidan de repente. Estos son á quienes conviene propiamente la comparación del Apóstol. En efecto, quando les ponemos á la vista los exemplos de Jesu-Christo, reconocen la distancia que hay de su vida á la del mas Santo de los hombres: miran sus pecados en toda su deformidad, los detestan, suspiran, lloran, forman resoluciones y propósitos; pero cesamos de hablar, desaparece el espejo, salen del Templo, encuentran ó buscan las ocasiones, las abrazan, y no solo reinciden en las mismas faltas, sino que las cometen mas enormes; y de tal manera van aumentando su deformidad, que si se mirasen otra vez en el espejo, se avergonzarian y confundirian ellos mismos.

¿Pero qué diferencia, hermanos míos, entre estos Christianos y aque-

llos que toman en la mano con frecuencia el espejo de Jesu-Christo, y que mirándose con atencion, se dedican á seguir en todas sus obras los principios de sabiduría, y las reglas de la moral que ha enseñado y practicado este Maestro del género humano. ¡Ah! aquí veréis la reforma de sus costumbres, la detestacion verdadera de sus pecados, la práctica constante de las virtudes, un hombre nuevo; y en fin, un bienaventurado en su hecho, como dice el Apóstol. ¡Qué consuelo para un Christiano el no estar nunca en contradiccion con el Evangelio! Si su vida no puede conformarse siempre con las verdades que se le prescriben, á lo ménos sabe conservar en su corazon un deseo ardiente, y una pronta y sincera voluntad para cumplir los preceptos que le dicta Dios por medio de sus Ministros.

El Apóstol Santiago nos da tambien idea de otra verdad de grande provecho en muchas ocasiones. Si alguno se tiene por religioso, dice, y no refrena su lengua, sino que engaña su corazon, la religion de éste es vana. La caridad para con el próximo es, hier-

manos míos, uno de los primeros preceptos del Christianismo; pero por desgracia tan abandonado que apenas merece algun lugar en aquellas prácticas que llamamos de consejo. En efecto la religion está siempre en nuestra boca; pero jamas la miramos con relacion al próximo: hablamos con respeto de las cosas de Dios, y somos muy mirados en las que tocan á nuestros intereses propios; pero muy imprudentes y ligeros quando se trata de aquellas que interesan al próximo. ¿Y acaso estan libres de estos defectos las tertulias y concurrencias de algunas personas que merecen el nombre de piadosas, porque exteriormente practican ciertas obras que ordena y autoriza la Religion? ¿No son ellas donde con mas descaro se desacredita al próximo, donde se descubren sus defectos, y donde sin ningun respeto se habla de las familias mas comedidas, propagando sus menores deslices, y destruyendo la opinion que por sus buenas costumbres han adquirido entre sus conciudadanos? ¿Hay por ventura alguna virtud que se respete en estas concurrencias? Las acciones mas loables ¿no se representan

siempre con negros colores, y se suponen dictadas por fines particulares? ¡Ah! hermanos míos, ¿temamos el hacernos partícipes de la maldicion que atraen sobre sí estas almas que se llaman piadosas, porque ostentan un ayre regular y modesto. Estos hipócritas todavía excitán mas la indignacion de Dios que los mayores pecadores: su religion es vana, porque no refrenan su lengua, y aunque toman la máscara de la virtud, no dexarán de ser un dia conocidos y detestados. Considerad, hermanos míos, que la murmuracion y la critica es un pecado normísimo, que produce por do regular muy fatales consequencias. ¿Pero no es esta la salde vuestras conversaciones? Baxo el pretexto de zelo y de reforma ¿no habeis citado á vuestro tribunal las acciones públicas y particulares de vuestros próximos? ¿Habeis observado acaso en vuestros discursos aquella regla esencialísima de la caridad de no pensar mal de otro, ni divulgar sus faltas? Si vosotros, hermanos míos, habeis contraido tan perniciosa costumbre, es preciso trabajar con ardor en destruirla: vuestra salud está en un peligro evidente mientras que el

próximo no sea considerado y respetado, y vuestra religion será vana, y una materia de escándalo para todos los que tengan la desgracia de escuchar vuestros razonamientos. La religion pura y sin mancilla delante de Dios y Padre, es ésta, dice el Apóstol: visitar los huérfanos y las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin ser inficionado de este siglo; ó como dice el Profeta, separarse del mal, y practicar el bien.

Estas máximas contienen los dos grandes preceptos de la ley: á saber, el del amor de Dios, tributándole los homenajes que exige de sus criaturas, y evitando los malos exemplos y las máximas del siglo; y el del amor del prójimo, extendiendo la caridad sobre todos los miserables de qualquiera clase y condicion que sean.

Notad, hermanos míos, que el Apóstol no solo dice que es preciso guardarse de la corrupcion del siglo en general, sino que señala el siglo presente. ¿Y por ventura los tiempos del Apóstol eran tan peligrosos como los nuestros? ¿Estaban los principios de irreligion y de libertinage tan acreditados? Esos que el mundo llama ilustrados y sabios, ¿tenían

como ahora el atrevimiento de levantarse contra el Señor, y contra su Christo? Los escritos de los Profetas y de los Apóstoles; estaban, como hoy estan, entre manos sacrílegas y mercenarias? La fé de los primeros fieles; se habia obscurecido como la nuestra por una multitud de escritos que solo respiran el deismo y la irreligion? Vosotros, hermanos míos, si sabeis guardaros sin ser inficionados de este siglo, podeis estar seguros que vuestra religion será pura y sin mancilla delante de Dios y Padre; pero para esto debeis tener gran cuidado de negar el oido á esos libros en que se discuten los dogmas de la religion con demasiada temeridad é imprudencia: es preciso no tener trato ni amistad sino con aquellos que respetan la fé, y que la honran con sus costumbres: es preciso estar muy sobre sí para no dexarse seducir de los racionios capciosos que aventuran en las concurrencias los que han naufragado ya en la fé: es preciso fortalecerse y afianzarse con libros piadosos y sólidos en la profesion de los misterios sobre que se funda nuestra santa religion; y sobre todo es preciso orar con frecuencia y con perseverancia

para que Dios nos defienda contra los ataques de la incredulidad y del error. Pero, hermanos míos, ¿habeis puesto en práctica estos medios sin los cuales es del todo imposible conservar el tesoro de la fé? ¡Oxalá que los perniciosos sistemas del siglo no hayan hecho todavía sobre vosotros impresiones funestas!

Tú, grande Apóstol, que has dictado las palabras que acabamos de meditar, ven á socorrernos: tú eres el protector de nuestra fé por muchos títulos: no permitas como Apóstol que los dogmas que has confesado y consagrado derramando tu sangre, sean el objeto del desprecio del incrédulo: y como protector de esta Parroquia, y de un Pueblo que te invoca, y que debe profesar la fé que le has transmitido, consíguele una religion pura, cuyos dogmas no se vean alterados ni confundidos por la incredulidad: una religion sin mancha, cuyas máximas no sean profanadas con una vida criminal: en fin una religion consoladora que haga su seguridad en el tiempo, y que cifre su gloria en la eternidad. Así sea.

EVANGELIO DE SAN JUAN,
cap. 16. v. 23. 30.

En aquel tiempo dixo Jesus á sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: Que os dará el Padre todo lo que pidieréis en mi nombre. Hasta aquí no habeis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido. Estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os anunciaré claramente de mi Padre. En aquel dia pediréis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. Porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y habeis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dexo el mundo, y voy al Padre. Sus discípulos le dicen: He aquí ahora hablas claramente, y no dices ningun proverbio. Ahora conocemos, que sabes todas las cosas,

y que no es menester, que nadie te pregunte: en esto creemos, que has salido de Dios.

INSTRUCCION.

Las palabras que Jesu-Christo dirige hoy á sus Apóstoles son muy diferentes de las que les decia en el Evangelio del Domingo pasado. Ya no se quejan ni se afligen por la ausencia próxima de un Maestro á quien amaban tan tiernamente: la seguridad que les da Jesu-Christo de su proteccion y de su amor, la certidumbre de conseguir todo lo que pidan en su nombre, el don que les concede de entender y de explicar las verdades mas sublimes, y la promesa de enviarles inmediatamente el espíritu consolador, son motivos muy eficaces para tranquilizarlos y disipar sus temores. Entónces transportados en alegría y confianza le dixéron: ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios.

Nosotros, hermanos míos, siendo herederos como los Apóstoles de la doctrina de Jesu-Christo, ¿no podemos tambien aplicarnos la promesa que les hace de apoyar con su mérito sus votos? Nuestras oraciones, quando se hacen en nombre de Jesu-Christo, ¿no nos dan derecho de esperar los mas felices sucesos? Pero si acaso somos indiferentes, la Iglesia para despertarnos y excitar nuestro fervor, nos recuerda hoy este pasage del santo Evangelio. Si el Christiano mudo é insensible, que no sabe hablar al Señor de sus enfermedades y miserias, medita estas palabras, encontrará en ellas motivos para avivar su tibieza; y el Christiano fervoroso los encontrará tambien para consolarse y animarse. Hermanos míos, no penseis tener excusa para no rogar, porque sabéis que basta pedir en nombre de Jesu-Christo para conseguir el remedio de vuestras necesidades. Nunca os canséis de exponerlas á un Dios que no se cansa de vuestra importunidad. Este es todo el fruto que espero sacar de nuestro Evangelio, y para ello os pido atencion.

Jesu-Christo habia previsto las con-

tinuas y crueles persecuciones que habian de padecer sus Apóstoles, causadas por el mundo enemigo de su doctrina, y con el fin de enseñarlos el medio mas seguro de que su debilidad triunfase de los esfuerzos de sus enemigos, les dirige por último esta instrucción. Nosotros, hermanos míos, que estamos expuestos á los mismos peligros, rodeados de los mismos escollos, y que vivimos en un mundo tan artificioso y engañador, aprendamos de la boca de Jesu-Christo mismo el medio poderoso que podemos oponer á sus lazos y artificios: escuchemos sus lecciones. El Padre os dará todo lo que le pidieris en mi nombre.

¿Pero por qué causa Dios que nos ama, que tiene un conocimiento anticipado de nuestros males, y que tan poderoso es para aliviarnos, espera para mostrarse sensible que le interese- mos con nuestras frecuentes oraciones? ¿Por qué se complace en hacernos esperar sus favores? ¿Por qué nos expone dilatándonos el socorro al disgusto de este santo ejercicio? Dios, hermanos míos, conoce nuestro corazon, y sabe la facilidad con que olvidamos nuestros

trabajos y enfermedades quando las cosas nos vienen á medida de nuestros deseos: quiere por tanto que una indigencia continua nos obligue á pedir sin cesar, y que postrados á sus pies implóremos, como pobres penetrados de nuestras miserias, los socorros en las mas urgentes necesidades: si encontramos algunas dificultades, si tenemos algun trabajo para recoger nuestra imaginacion, que siempre procura inquietarnos en estos casos, lo recompensa sobradamente en la prontitud con que nos oye y nos responde.

¶ Pero es preciso pedir en nombre de Jesu-Christo. El solo es el que nos da el acceso á nuestro Dios, de quien nos separan para siempre nuestros pecados: él solo es quien puede dar fuerza á nuestra voz, valor á nuestras súplicas, y crédito á nuestros votos. Importaba poco que interesásemos el cielo en favor nuestro, si no tuviésemos mas que nuestro mérito y nuestras obras para apoyar nuestras oraciones, porque ellas solo servirian para encender la cólera de Dios, y despertar su venganza. Pidamos pues en nombre de Jesu-Christo: este nombre es poderoso para contener la mano de la

justicia divina, para interesar su misericordia, y para abrirnos los tesoros de unas gracias inefables, de qualquiera naturaleza que sean, porque nada se niega á este nombre.

Jesu-Christo en el Evangelio de este dia nos hace ver la causa de la inutilidad de nuestras oraciones. Si hasta aquí, dice, no habeis visto el efecto de vuestras súplicas, no debeis acusar al Señor de insensibilidad y de indiferencia: culpád sí á vuestra tibieza. Estais ciegos sobre vuestras necesidades, y apenas las conoceis: estais mudos quando se trata de pedir, y no sabeis hablar de vuestras miserias á quien puede aliviarlas y disiparlas: estais mas cuidadosos de reparar las pérdidas temporales que las de la gracia, y mas persuadidos de las ventajas sensibles y perecederas, que de los tesoros celestiales: si alguna vez orais, solo pedis cosas superfluas, y algunas veces peligrosas; y siendo vuestros deseos tan opuestos á los míos, jamas hablais en mi nombre.

¿No reconoceis, hermanos míos, en estas palabras de Jesu-Christo vuestra propia conducta? Os quejais de que el Señor se manifiesta sordo á vuestras vo-

ees; pero quando exâminamos detenidamente la causa de esta insensibilidad, vemos que casi siempre carecen vuestras oraciones, ó del fervor que las anima, ó de la piedad que las mantiene, ó de la humildad que las apoya, ó de una vida arreglada que las santifica.

El ejercicio de la oracion es en la Religion Christiana el mas usado y mas conocido; y si todos los Christianos oran santamente, hallarian sin duda los consuelos y las gracias de que carecen por la sequedad de su corazon.

Los unos oran y dedican las primitias del dia á este santo ejercicio. Antes de empezar su trabajo, ó de emprender algun negocio, rezan algunas oraciones; pero por desgracia nada piden, porque solo practican ciertas fórmulas que han aprendido desde niños: estas súplicas son infructuosas, porque no se hacen en el nombre de Jesu-Christo; el Señor jamas oye las palabras vagas que no estan acompañadas de los sentimientos del corazon: no solo no son oídas, sino que son detestadas.

Otros oran, y mas instruidos á la verdad que los primeros, saben que el

lenguage de los labios es mas propia para insultar á Dios, que para ablandarle. Por tanto ruegan con atencion; pero desconociendo su propio estado se derraman como los Fariseos en acciones de gracias, y no saben representar sus necesidades al Dios que pudiera remediarlas: llenos de fervor y de eloqüencia quando hablan al próximo y solicitan su conversion, se olvidan de la suya propia, porque viven engañados, y se creen perfectos. He aquí la causa porque el Señor detesta semejantes oraciones: un corazon lleno de orgullo y de presuncion jamas pide en nombre de Jesu-Christo, y así el Señor no le oye.

En fin, hay muchos que oran al parecer con fervor. La memoria de sus pecados arranca de su corazon profundos gemidos, y les hace desatar en abundantes lágrimas: ellos sienten todo el peso de sus miserias y de su corrupcion, y saben exponerlas con eloqüencia: ellos conocen que para dar eficacia á sus oraciones es preciso detestar sus faltas y mudar de vida; pero estan demasiado apegados á la tierra y á sus placeres, y no tienen valor para romper los

vínculos de la amistad que tienen con los pecadores: ellos prefieren sus amistades, sus tratos sensuales, sus negocios lucrosos, sus miras de ambicion y de fortuna, y sin embargo de que oran al parecer con grande devocion, no quieren convertirse. Pero el Señor desecha sus oraciones, porque no piden en nombre de Jesu-Christo, y porque las inclinaciones y las pasiones de un corazon corrompido son del todo incompatibles con su gracia.

De aquí podeis deducir, hermanos míos, las disposiciones que se necesitan para la oracion, y los obstáculos que comunmente la hacen infructuosa. Pedid, pero procurad que vuestro corazon sea el que dicte á los labios aquellas expresiones propias para interesar y mover al Señor: pedid, pero que una resignacion humilde os haga esperar sin inquietud y sin turbacion las gracias que diffiere el Señor algunas veces para probar vuestra fidelidad, y despertar vuestro fervor: pedid, pero que sea con perseverancia, porque ella sola es la que puede alcanzarnos las gracias que imploramos.

La mayor parte de los Christianos

que oran, hacen á la manera de aquel Rey de Judá que consultaba al Profeta Eliseo sobre el suceso de una batalla que iba á dar á los Asirios. El Profeta le manda que dé siete golpes en la tierra con su dardo; pero habiéndose parado á los tres, se vuelve el Profeta á él, y con una santa indignacion le dirige estas palabras: Príncipe, no cuentes con el feliz suceso de la batalla, porque no has tenido firmeza: y ya que obedeces con medida, el Señor limitará tambien su protección sobre tu Pueblo. Si hubieras dado los siete golpes que te ordené, la Siria toda hubiera caido en tus manos; pero ya que te paraste á los tres, no conseguirás mas que tres victorias.

Este pasage de la santa Escritura nos da una idea bien clara del suceso de nuestras oraciones. Sabed, hermanos míos, que si no conseguís el remedio de vuestras miserias, es porque os cansais de pedir. Vosotros quisierais señalar al Señor el instante en que debe oiros; y si por un efecto de sabiduría, de justicia y de misericordia no corresponde tan pronto á vuestras súplicas, abandonais la oracion, perdiendo las gracias que una humilde perseverancia hubiera

podido conseguir. Pedid, y recibiréis, dice Jesu-Christo, para que vuestro gozo sea cumplido.

¡Qué diferencia, hermanos míos, entre Dios y los hombres! Quando queremos interesar á un poderoso en nuestro favor, le hacemos primero una larga exposicion de nuestras necesidades: muchas veces le adulamos alabando hasta sus vicios para mover su corazon; y él en cambio de sacrificios tan molestos y vergonzosos nos concede los beneficios con medida, y nos impone las mas duras condiciones: nosotros sin embargo somos tan baxos y serviles; que le miramos como un Dios tutelar, y damos ocasion con esto á que manifieste su orgullo, haciéndonos sentir todo el peso de su poder. El Señor, hermanos míos, no procede de esta manera; porque se manifiesta sensible á la primera exposicion que le hacemos de nuestras miserias. Si siempre que oremos no nos dispensa las gracias que se le piden, no dexamos sin embargo de ser recompensados con algunas otras, que tal vez no conocemos. Preguntad á esas almas fervorosas cuál es el fruto de las frecuentes oraciones que dirigen á

su Dios, y os dirán que siempre salen de su presencia llenas de consuelos y de alegría.

Los Apóstoles nunca habían oído á Jesu-Christo palabras de tanto consuelo. En otras ocasiones les habia hecho conversacion del reyno de Dios; pero como siempre habia usado de parábolas y de figuras, se admiran ahora de que se explique en terminos tan precisos. Jesu-Christo, que penetra su admiracion, les descubre la razon de su conducta, y les dice: estas cosas os he hablado en parábolas. Viene la hora en que ya no os hablaré por parábolas: mas os anunciaré claramente de mi Padre. Como si les dixese: hasta el presente no estabais dispuestos para conocer las verdades de que debia instruiros; pero ahora podeis miraros como los amigos del Esposo: os hago los confidentes de mis mayores secretos, vais á verificar en mi persona todas las profecias que me han anunciado, y por tanto ya no os hablaré por parábolas.

Notad, hermanos mios, el carácter distintivo de nuestra santa religion, y que la eleva sobre todas las otras que han fixado hasta aquí la atención de los hombres.

La religion de los Paganos era propiamente una coleccion de fabulas, y la Judayca, aunque santa en su origen, se apoyaba sobre figuras, como dice el Apóstol. Todas las promesas eran enigmáticas, y el Señor cubria con un velo todas las verdades que mandaba anunciar á su Pueblo. Pero en la religion de Jesu-Christo todo ha tenido su cumplimiento, y todo en ella es luz y verdad. Verdad en su moral, porque su ley es pura, y no conoce restriccion ni reserva. Verdad en su sacrificio, porque una víctima viviente y verdadera se reproduce diariamente para perpetuar la santificacion por nuestros pecados. Verdad en sus promesas, porque son tan sólidas como magnificas, y están apoyadas sobre la palabra de Dios. Si algo os queda todavía de obscuro y misterioso en nuestra santa religion, una fe pura penetra la obscuridad, y una firme esperanza descubre de antemano su cumplimiento.

En aquel dia, prosigue Jesu-Christo, pedireis en mi nombre; y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros. Porque el mismo Padre os ama,

porque vosotros me amasteis, y habeis creido que yo salí de Dios. No por esto dexaré de ser vuestro mediador. Yo soy la víctima escogida desde el origen del mundo para expiar vuestros pecados, y estoy dispuesto hasta la consumacion de los siglos á interesarme por vosotros ; pero aun quando yo cesase de hablar en vuestro favor á mi Padre, podeis contar con su bondad, porque sois míos. Por este título sois como yo el objeto de sus delicias ; él os mira sin excepcion con ojos benignos, y os ama á proporcion del amor que me habeis manifestado : en fin él es sensible á vuestras necesidades, segun el interes que habeis tomado en mi gloria.

¿ Pero vosotros, hermanos míos, amais á Jesu-Christo ? ¿ obrais conforme á sus preceptos ? ¿ Sabeis que solo por el título de hijos suyos podeis tener derecho á las bondades de vuestro Dios ? Escuchad, pecadores. El Apóstol San Pablo anatematiza á todo aquel que no ama al Señor Jesus. ¿ Vosotros amais, ó aborreceis á Jesu-Christo ? Tened pues entendido que aborrece á Jesu-Christo aquel que satisface sus de-

seos y sus pasiones á expensas de su ley ; aborrece á Jesu-Christo el que le persigue en los justos, el que los insulta, el que escandaliza á los simples, y el que niega el socorro á los pobres : aborrece á Jesu-Christo el que profana su Templo con irreverencias y sacrilegios. Si estas son vuestras disposiciones, no es á vosotros á quien dirige Jesu-Christo estas palabras : el Padre os ama porque me amasteis.

Almas fieles y devotas, que vivís en el temor del Señor, y que practicais su ley, conozco que haría injuria á vuestro corazon, si os preguntase si amais al Señor Jesus, y que á la manera del mas tierno y mas generoso de los Apóstoles, no podriais oír esta pregunta sin contristaros. Así no puedo hacer otra cosa que excitar vuestro regocijo al oír las palabras de Jesu-Christo : el Padre os ama porque vosotros me amasteis, y habeis creido que yo salí de Dios. Amadle pues con todo el amor de que son capaces las criaturas : traed á la memoria los beneficios que habeis recibido de su mano, y las gracias que os ha dispensado : alejad la tibieza y el disgusto que sienten las almas que no le

aman, y entónces le tendreis siempre propicio en vuestras necesidades.

Sí, hermanos míos, Dios os ama, y no podeis dudarlo. Mostradme un solo instante de vuestra vida, que no haya sido señalado con algun beneficio; pero no penseis que su amor se prueba quando dispensa á manos llenas los bienes de la naturaleza, ni porque satisfaga completamente vuestros deseos, porque no siempre son sus amigos los mas favorecidos en este mundo. Dios hace lucir su sol sobre los buenos y los malos, y muchas veces son estos mas felices y mas honrados que los justos. La verdadera é incontestable prueba del amor de Dios ácia vosotros está en las aflicciones que os envia: el Padre os ama porque os aflige.

Este es un language nuevo para vosotros, hermanos míos: acostumbrados á no juzgar de los trabajos sino por la tristeza que acarrean, no podeis determinaros á mirarlos como los efectos de la proteccion de un Dios; pero escuchad al Espíritu Santo, que para desengañaros os dirige estas palabras consoladoras: hijo mio, dice: no resistas la mano que te hiere; no mires como un

efecto de la ira los castigos de un Padre misericordioso: acuérdate que Dios se complace en castigar á los hijos que protege, y que los golpes de una mano que nos ama, son mas dulces que las caricias de una mano enemiga: acuérdate en fin que es una señal de reprobacion el vivir sin tribulaciones y sin dolores.

Dios mio, no me excuses las aflicciones pues que proceden de tu misericordia: solamente te pido la uncion y la gracia que las suaviza: prepárame humillaciones y cruces, pues que ellas son la herencia de tus siervos y de tus escogidos: si las penas ordinarias no bastan para humillarme y hacerme tuyo, te pido muy veras, Dios mio, que amontones sobre mi cabeza todos los males, todas las aflicciones, todos los trabajos que puede inventar tu misericordiosa severidad; pero con tal que tu benéfica proteccion me defienda, para que no sea presa de mi flaqueza, me tendré por muy feliz, y mas si á este precio puedo contarme en el número de tus discípulos.

Jesu-Christo se propone á sus Apóstoles por modelo, para fortificarlos y

animarlos en la penosa carrera que iban á emprender. Salí del Padre, les dije, y vine al mundo: otra vez dexo al mundo, y voy al Padre. En los cielos participo con mi Padre de una gloria inalterable y de una felicidad semejante á la suya; pero el amor que os profeso me ha hecho sacrificar mi gloria y mi reposo. Para curar vuestras dolencias he dexado en alguna manera el seno de un Padre que cifraba en mí todas sus delicias: revestido de la naturaleza humana he venido á conversar con los hijos de los hombres; pero en cambio de tantos beneficios solo he visto incredulidad, ingratitud y oposición: en fin he venido al mundo, y el mundo no ha querido reconocermé. Pero así como mi destierro no debía durar sino un tiempo, tampoco el vuestro será eterno; y si, como yo, haceis consistir vuestras delicias en los tormentos y en los trabajos, encontrareis tambien como yo el término feliz de ellos. Dexo pues al mundo para volver á mi Padre.

Notad, hermanos míos, que Jesu-Christo para volver á su Padre y tomar posesion de su reyno, fué preciso que

dexase al mundo; y esta es la misma condicion que os propone á vosotros, si habeis de corresponder al nombre y á las obligaciones de Christianos. Pero no estais, por el contrario, ligados al mundo con estrechos vínculos? No manifestais el mayor disgusto quando no podeis participar de sus placeres? No mirais el último instante de vuestra vida como el término de vuestras desgracias, solo porque dexais al mundo? Qué importa que Jesu-Christo le dexé, si vosotros cada vez le mirais con mas apego? El mundo está por todas partes lleno de espinas; pero esto no os detiene en la carrera. A pesar de la conciencia y sacrificando vuestra salud, andais afanados para conseguir los grandes puestos, y para hacer fortuna, como si el número de las felicidades hubiese de exceder el de vuestros días: todos vuestros cuidados se reducen á disfrutar una situacion mas feliz y tranquila, como si vuestra mansion hubiese de ser eterna: procurais conformaros á los usos del mundo, estudiáis sus máximas, preconizais hasta sus abusos, como si él tuviese derecho para exigir los homenages de vuestro

corazon. No hay cosa en el mundo que no sirva para estrecharos mas con él: los bienes, de que sois esclavos; los hijos, de quienes admirais hasta los defectos; las flaquezas de una esposa y de un amigo, exigen vuestro respeto: la menor apariencia del peligro os asusta, y os alarma qualquiera idea que os acuerda la separacion del mundo: la presencia de los Sacerdotes en vuestra última hora la mirais como importuna y molesta, solo porque os anuncian que van á romperse los lazos que teniais por indisolubles. Es posible, hermanos mios, que siendo hijos de la tierra por inclinacion y por gusto; y de la patria por vocacion y por eleccion, habeis olvidado que el mundo no es mas que un destierro, y que en tanto que fixais vuestro corazon en los bienes frágiles y perecederos, abandonais una corona incorruptible que Jesu-Christo ha ido á prepararos?

Esta es la conseqüencia mas natural que podemos sacar de estas palabras; dexo al mundo, y voy al Padre, y es tambien la que sacaron los Apóstoles de Jesu-Christo. Estos hombres que hasta allí no habian podido

mirar la separacion de su Maestro sin amargura, manifiestan hoy una conducta muy diferente. Esperanzados en sus promesas se consuelan, y le dicen: he aquí ahora hablas claramente, y no dices ningun proverbio. Ahora conocemos que sabes todas las cosas, y que no es menester que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios.

Señor Jesus, haced que nuestro corazon se disponga para oir estas palabras capaces de llenarnos de consuelo. Nuestros gemidos son demasiado débiles para llegar hasta el trono del Eterno; pero orad, Señor, con nosotros, y aunque indignos de levantar nuestras manos, hablaremos llenos de confianza en vuestro nombre. Ya sabeis quanto nos disgusta la sequedad y la tibieza que experimentamos algunas veces en el exercicio de la oracion. Nuestro corazon está frio é insensible; pero infundid en él vuestro espíritu, y entónces nuestra alma se hallará como engrasada con la uncion santa que la acompaña. Haced que este Espíritu ponga en mi boca palabras dignas de Vos: entónces se derramará la alegría sobre mis labios, y os ofreceré el